



TRIBUNA LIBRE

La subordinación de la libertad

Juan Carlos Fernández

www.juancfernandezescritor.es

1.- Hartos de todo.

Las generaciones de españoles que no hemos conocido sino un régimen de libertades plenas, incluyéndonos los nacidos durante el régimen del general Franco, que murió cuando despuntaba nuestra juventud y, por tanto, no tuvimos necesidad de luchar por el establecimiento de un sistema democrático, posiblemente no valoremos el *statu quo* de hogaño como pudieran hacerlo quienes sufrieron persecución por sus ideas o quienes, al menos, aunque no militaran en ninguna de las oposiciones, sufrieron la frustración de ver su país sometido a la dictadura.

Ahora todo es más fácil porque la democracia permite que cosas que hace cuatro décadas se antojaban como perversas al régimen se contemplen con absoluta normalidad, como en cualquier país de nuestro entorno. Ya no hay censura, y el arbitrio del secuestro de las publicaciones es inimaginable, sin perjuicio de la defensa de los derechos de quienes se sientan ofendidos por informaciones u opiniones vertidas en los medios, que encontrarán, si procede, el amparo del poder judicial. Uno puede circular libremente no sólo por España,

sino por esa supracomunidad a la que denominamos Unión Europea. Cuidado, europeos lo hemos sido siempre, en el sentido geográfico; pero el sentido político de Europa, su trascendencia como continente germen de libertades, su proyección cultural orientada a una sociedad de individuos libres, no ha sido cosa nuestra sino hasta hace unas décadas.

Invertimos auténticas fortunas en educación, en sanidad, en atención a los desfavorecidos: en todo eso que, en resumen, llamamos Estado del Bienestar. Sometemos a los mandatarios al control del Parlamento y al quizá aún más incisivo de la prensa. Ejercemos las profesiones con libertad. Profesamos nuestras creencias (o descreencias) sin vernos sometidos a procesos inquisitoriales. Nos manifestamos sin que nadie nos impida vocear filias o fobias (salvo que nos comportemos como cafres, y no siempre). Votamos a quien nos da la gana y proclamamos nuestras ideologías y convicciones como y cuando nos parece. En fin, ejercemos de un modo pleno todo eso que damos en llamar los derechos ciudadanos.





Pero desengañémonos, no hay paraíso sin serpiente. Cuando parece que habíamos puesto a salvo la convivencia, después de los difíciles años de la Transición; cuando todo indicaba que la estabilidad política venía garantizada por un turno de partidos asentado no en manejos caciquiles ni en encasillados, sino en la voluntad de los votantes; cuando la Monarquía Parlamentaria española se revela como factor de cohesión nacional y de prestigio exterior; cuando los mecanismos del sistema, no siempre eficientes pero siempre presentes, permiten confiar en un razonable control; cuando, en definitiva, la nave funciona aunque a veces el rumbo pueda estar errado, aparecen pulsiones difícilmente comprensibles —aunque quizá fácilmente explicables— derivadas de las crisis que sacuden nuestra sociedad.

Si durante años la máquina de la economía ha sido forzada artificiosamente, creando una ficticia imagen de prosperidad sin cimientos sólidos y nadie se lamentó por los excesos individuales y su sumatorio social, ahora resulta que, cuando todo estalla, cuando la economía se desmorona y como consecuencia de tal desastre se producen desahucios (dramáticos, pero contractuales, no lo olvidemos) o las listas del paro se disparan; cuando las soluciones son dolorosas puesto que con paños calientes no se soluciona nada; cuando el Estado se ha apretado el cinturón (no lo suficiente, pero si lo hace más el escándalo sería insoportable), algunos dicen que este sistema es un desastre y genera desequilibrios escandalosos, de tal modo que los

ricos lo son mucho más y los pobres sufren aún más depauperados y en mayor número. La perenne y estéril dialéctica ricos-pobres.

Si desde que nos alcanza la razón hemos conocido casos de corrupción, algunos realmente inenarrables; si hemos tenido que ver actividad terrorista al socaire del aparato del Estado; si hemos vivido episodios encadenados dignos de todo sonrojo sin que hayamos renegado de nuestra organización política; si soportamos durante décadas una economía sumergida cuyo volumen es descomunal sin que nos rasguemos las vestiduras (difícilmente podremos encontrar a quien pueda tirar la primera piedra), ahora todo se hace insoportable, nos encontramos hartos de políticos, de partidos, de todo cuanto verdegea, disculpen la vulgaridad, en la maquinaria del Estado. Eso sí, no hemos llegado al hartazgo de nosotros mismos, de nuestras incongruencias como ciudadanos.

Si desde que nos alcanza la memoria los partidos políticos han sido lo que sus aparatos han querido; si ello no ha impedido que la Constitución los considere (a los partidos, no a sus aparatos) fundamentales para la verificación del pluralismo político; si hemos admirado a nuestros líderes, cada cual según su ideología; si nos hemos arrojado en sus brazos y hemos vitoreado desgañitados; si nos hemos abonado a la hipérbole y a la consigna con toda tranquilidad, ahora nada sirve y el oficio de político se convierte en algo sucio y deplorable.



Si el bipartidismo imperfecto que hemos visto evolucionar en España ha permitido que el desarrollo social haya sido, a pesar de tantos pesares, una gozosa realidad; si en otros países esto de que haya dos partidos mayoritarios es algo normal, porque los votantes así lo quieren (véanse, por ejemplo, los Estados Unidos); si en tantas ocasiones los gobiernos se han conformado con pactos con las minorías, ahora resulta que hay un hartazgo infinito de las mayorías habituales y que lo democrático es que no haya tales, aunque los votantes lo prefieran.

Si desde que tenemos registros en nuestra memoria resulta que todos los partidos han pasado por encima de sus programas electorales; si durante años hemos admitido que las circunstancias podían hacer modificar lo prometido; si en esos casos las protestas han sido más o menos comedidas, ahora hay que renegar e insultar.

Para qué seguir. Los abusos del sistema han estado presentes desde sus inicios, porque el extralimitarse tiene mucho que ver con la naturaleza humana, y el andamiaje político es obra de personas, no de espíritus puros. Dicen que con las crisis se exacerba el mal humor de la ciudadanía y estallan las protestas. Esto es más que relativo, claro, porque crisis hemos padecido varias desde 1975 sin que se haya puesto en solfa el sistema, salvo por los extremistas, claro. ¡Ah, los extremistas! Gentes muchas veces camufladas, pero que tarde o temprano acaban descubriéndose.

2.- En los albores de nuestra democracia.

En los albores de la democracia, los extremistas de la derecha (el búnker), dieron bastante que hacer a los representantes políticos y a los servicios de información y policía. Entendían que una pandilla de perjurios había corroído el régimen del 18 de julio, y que España se dirigía inevitablemente a una reedición del 36. El régimen del general Franco, con su sustento ideológico en los 26 puntos de Falange (que eran originariamente veintisiete, pero el 27.º hubo de ser suprimido para no chocar con el Decreto de Unificación), abominaba de la democracia liberal con su sistema de partidos políticos, al que consideraba ajeno a lo español. Decían sus ideólogos que aunque en otras naciones podía funcionar, la ruina española se debía a ellos, y que sólo había que remontar la vista a los días previos al 18 de julio; que los españoles no estábamos preparados para la democracia liberal. El régimen, además, se mostró incapaz de cualquier evolución razonable, de modo que los experimentos mínimamente aperturistas, como el llamado “espíritu del 12 de febrero” de Arias Navarro, devinieron en nada. Sólo el ímpetu de las circunstancias o, si lo prefieren, la dinámica de los tiempos, que convertían a España en una isla en un océano de democracias, generaron el caldo de cultivo necesario para la evolución. Evolución, esa era la clave. Y el alquimista fue don Juan Carlos, que pese a quien pese resignó sus poderes omnímodos, heredados de Franco, en la Constitución Española de 1978, la única no hecha por los unos contra los otros.



La evolución política determinó que UCD, que según Martín Villa fue un partido que se configuró para hacer la Transición y que culminada esta perdió su objeto, desapareciera. La antigua Alianza Popular, en la que militaban numerosísimos añorantes del régimen de Franco, tuvo que evolucionar y llegó a alcanzar un lugar destacado en el panorama opositor para, tras sucesivas catarsis y refundaciones, ubicarse en ese lugar al que damos en llamar centroderecha. Muchos de los más extremistas quedaron fagocitados tanto por Alianza Popular como por su fruto evolucionado el Partido Popular. Sólo quedaron fuera, al menos aparentemente, los irredentos, los nostálgicos irreducibles, los franquistas acérrimos. Y estos eran, y son, una minoría. Sus ruidos fueron desapareciendo a medida que los poderes democráticos embridaban a los golpistas. Hoy día es impensable que posean peso específico en la derecha.

Es decir, la derecha ensanchó de tal modo su base social que, por fuerza, tuvo que abarcar a los sectores más moderados, a gentes que sólo tenían mucho que ganar (paz social, prosperidad para todos) apostando por lo que en Europa era impensable discutir, mientras que los no demócratas quedaron diluidos en ínfima proporción. Hoy, la derecha española, con sus imperfecciones (nadie es perfecto, por mucho que algunos lo proclamen), es plenamente homologable con la europea, comparte su visión geopolítica (con las salvedades derivadas de nuestra historia), es recibida con agrado en los foros internacionales y a ningún colega europeo se le

ocurre afear el *pasado franquista*, algo que tantos de la izquierda se empeñan en repetir.

Tampoco resultó fácil a la izquierda encontrar su lugar en el panorama que se ofrecía a partir de 1975. A su dispersión (socialistas de varias familias, comunistas de otras muchas), se unían las piruetas que debía ejecutar el poder para abrirles las puertas. La memoria del 36, que aún pervivía nítida en muchos, y el inmovilismo del ejército, hacían muy difícil pensar en la apertura del espectro político por babor. De otra parte, los innegables logros económicos del franquismo (una vez descartada la autarquía), que dieron lugar a una clases medias que tenían mucho que perder, podían ser un freno, ante el temor a lo que pudiese venir; pero finalmente esas valientes clases medias fueron el pilar sobre el que se asentó el cambio. Fue necesaria, en fin, una habilidosa y audaz actuación de los unos y los otros para conseguir que el *establishment* del momento pudiese digerir (siquiera a medias) la presencia de las izquierdas. Esta hubo de transigir y aparcarse debates que no podían existir sin riesgo de la paralización de la evolución hacia la democracia. Los prohombres del franquismo que evolucionaron y sinceramente abrazaron la democracia resistieron la presión de los inmovilistas y propiciaron, siempre de la ley a la ley, que el contrapeso que debía tener el poder, lógicamente de la izquierda, fuera realidad. El rey, Suárez y su Gobierno afrontaron con decisión la legalización del Partido Comunista. Las calles se llenaron de hoces y martillos para escán-



dado de muchos. Los socialistas se organizaron en torno a Felipe González y se convirtieron en alternativa de poder y, al menos en teoría, renunciaron al marxismo. Y, tras la UCD, el PSOE obtuvo el mayor número de escaños en el Congreso del que tenemos noticia en nuestra democracia.

Los sucesivos gobiernos del PSOE, con sus logros y sus pufos, supusieron la consolidación del sistema democrático. Y, aunque las escaramuzas dialécticas nunca faltaron, no se puso en solfa ni la organización de nuestro aparato político, ni se pidieron cuentas a la derecha por su extracción franquista. Tampoco los dextrógiros se las pidieron a los levógiros por sus incongruencias en la República, o por su participación en la revolución de Asturias... Todos entendieron el mensaje: no era necesario el olvido, pero sí la reconciliación. Era más lo que había que afrontar en el futuro que lo que se podían permitir añorar. El compromiso socialista con el sistema fue fundamental para la consolidación.

Evidentemente, a la izquierda del PSOE pululaban otras formaciones más o menos extremistas. Estaba el clásico PCE, con Santiago Carrillo y sus sucesores quizá eurocomunistas. Y a su izquierda, una constelación de siglas sin peso específico. Parecía que el inmenso poder de los socialistas serviría para, al igual que hizo la derecha en su ámbito, envolver a la izquierda más extremada y revanchista y reconducirla a la paz de la nada.

3.- Apriorismos.

Sin embargo, la izquierda española tiene un problema: no consigue desembara-

zarse de algunos apriorismos. Se consideran muchos de sus seguidores moralmente superiores porque dicen estar arraigados en su tradición democrática. Algo que no resiste, depende de a cuándo nos remontemos, ni dos minutos de debate. Green, correlativamente, que la derecha es justo lo contrario: heredera disimulada del franquismo. Esta tesis, que durante años no dejó de proclamarse, si bien quizá con sordina, ha tomado cuerpo con los gobiernos del presidente Zapatero y su *memoria histórica* que, entendida en apariencia como reparación de toda la sociedad hacia unas víctimas determinadas, en lo subliminal encerró el sofisma de la culpabilidad de la derecha de hogaño.

Simultáneamente, por la izquierda extremada, animada por el ambiente revisionista del poder socialista de Zapatero, se despierta y se expele a los cuatro vientos la tesis de la claudicación durante la Transición. Según estos, lo que hubiera procedido habría sido la condena (no moral, sino fáctica) del franquismo, con la encarcelación de sus próceres. Para ellos, la denominada *cultura de la Transición* es percibida como fruto de una izquierda que no cumplió sus deberes. No tienen en cuenta que sus tesis, además de que en nada ayudan, en aquellos años habrían sido más que difíciles de aplicar, puesto que la actuación contra el régimen de Franco supondría una fractura tal que la frustración estaría a la vuelta de la esquina, por razones más que obvias. Ni la izquierda tiene una superioridad moral congénita ni la derecha el estigma del franquismo en su naturaleza.



Enquistarse en debates de pasado, cuando no faltan vigas en ninguno de los ojos, es una melancólica pretensión que, sin embargo, ha cuajado en algunos.

Efectivamente, en el caldo de cultivo de la exacerbación del espíritu izquierdista como amparador de toda legitimidad, de la negación del carácter democrático de los adversarios, no podían dejar de florecer tendencias que ya existían, pero que estaban durmientes. No surgen los neocomunistas y populistas de la noche al día, simplemente aprovechan las circunstancias. Por ello se hace difícil creer que son la crisis económica y la corrupción las causas únicas del nacimiento de estos extremismos, aunque sí son agentes eficientes del renacer de las opciones antisistema.

4.- La subordinación de la libertad

La historia nos dice que en los tiempos de grave turbación se buscan salidas que, si bien en principio ilusionan, después se revelan ineficientes y, las más de las veces, sangrientas. Si la aparición del socialismo tiene una explicación, el proceso revolucionario posterior en busca del nirvana comunista ha demostrado que el estado de felicidad social que anunciaban los marxistas no ha existido jamás. Antes al contrario, ha sido causa de la muerte y deportación de millones de personas en todo el mundo. El esfuerzo por imponer una sociedad aparentemente igualitaria se convirtió en un brutal (y letal) derroche de energías. Lo mismo cabe decir del fascismo, cuyos representantes alcanzan el poder por vías democráticas para después subvertir el sistema y convertirlo en dictadura. Fascistas y

comunistas no resolvieron los problemas, sino que crearon otros nuevos. Ambos se asientan sobre una brutal negación de la dignidad humana. Ambos tienen por doctrina la mayor de las demagogias.

En España, ciertamente, hemos tenido la ocasión de experimentar las dos vías al desastre, si bien la marxista no tuvo ocasión de fraguar al ganar la Guerra Civil los sublevados del general Franco. Pero durante la II República y, sobre todo, tras el 18 de julio y durante la guerra, se vieron a las claras sus métodos y pretensiones que, desde luego, tenían de todo menos de democráticos, por mucho que se esfuercen en dotarlos de alguna legitimidad. Si tuvimos tiempo más que sobrado de constatar cómo entendía las cosas el fascismo español, del que sería prolijo trazar aquí una mínima historia. Pero es fácil de entender que se asentaba en la negación de la democracia, en la proclamación de la superioridad del Estado sobre el individuo (de hecho, la pseudoconstitución franquista viene a asentar la soberanía nacional en el Estado), además de en otras cuestiones más o menos idealistas. En lo fundamental, ninguna diferencia con los marxistas. El discurso falangista, que amparó en lo ideológico la aventura de los nacionales tras el 18 de julio, fue después matizado y reelaborado en una progresión imparable desde el totalitarismo hacia el autoritarismo, de tal modo que, manteniendo algunas formas, en realidad todo se adaptó a imagen y semejanza del pragmatismo del general Franco entre otras cosas para, es de suponer, no espantar más de lo que ya lo esta-



ban a las potencias occidentales, de las que tanto dependía España si quería abandonar el desastre de los sueños imperiales y de la autarquía.

Como fueron los nacionales quienes ganaron la guerra, durante cuatro décadas ahormaron la sociedad española según el espíritu que les animaba. Por lo tanto, varias generaciones fueron educadas en la negación de la libertad y de las democracias occidentales. La dictadura compartía el mismo odio que los marxistas de más allá del telón de acero a las democracias liberales. Encarnaba este sistema, para ellos, todos los males. Las consignas machacaron a los escolares (como en los estados marxistas), la represión ahuyentó la manía de pensar (como en los estados marxistas), la propaganda del régimen magnificó los logros y disimuló u ocultó los muchos fracasos (como en los estados marxistas)... En definitiva, se construyó un armazón político al que se trató de institucionalizar a lo largo de décadas mediante el expediente de la ficticia democracia *orgánica*, para sostener un régimen asentado en la negación de la libertad (como en los estados marxistas).

De resultas de estos años, muchos que vivieron su juventud durante la dictadura, y finalmente se dieron de bruces con el cambio democrático, no consiguieron entender bien los nuevos tiempos. Y es que las dictaduras, se quiera o no, proporcionan una falsa sensación de seguridad a los afectos: todo se les da hecho, nada debe preocupar, siempre que se siga la senda establecida; la economía progresiva (aquí hay diferencia

con el absoluto fracaso de los estados marxistas) y se crean puestos de trabajo mientras surge una clase media que accede a los electrodomésticos y a los viajes. De modo que si uno vive, y probablemente hasta bien, ¿para qué demonios quiere eso de la libertad? ¿Es que acaso no se mueve libremente, no tiene unos ingresos por su trabajo y hay estabilidad? ¿Para qué tanta libertad, si cuando la hemos tenido, como en la II República, aquello acabó en libertinaje?

Evidentemente, en este aspecto las dictaduras (de todo signo) son eficientes: inculcan en vena el miedo a la libertad, contra el que las vacunas son difíciles, si no inexistentes. Así, cuando accedemos a la democracia plena, en la que ocurren tantas cosas que escandalizan, se va acrecentando en muchos la idea de que, *ya lo decía yo*, esto es un desastre. Y si la crisis económica golpea, ¿para qué queremos la libertad si no hay pan? Estas tesis son también simpáticas a la extrema izquierda, por mucho que disimulen.

Lo sorprendente es que la negación de la libertad, de un modo claro o disimulado, se dé tras casi cuatro décadas de democracia. Esto no tiene por qué suponer ningún fracaso, porque los que reniegan de aquella son minorías. Como antes hemos dicho, la extrema derecha quedó maltrecha bien por digestión de la derecha moderada, bien por la huida a los confines del sistema, donde apenas molestan. Pero, como también antes sosteníamos, la extrema izquierda se hace más patente por causa de la comprensión de tantos, dado el convenci-



miento de la superioridad moral que los izquierdistas tienen arraigado.

Ciertamente, todos nos tomaríamos a sorna que la extrema derecha hablase de democracia. Sin embargo, la extrema izquierda puede hacerlo sin que nada rechine. Y, además, desde el final de la II Guerra Mundial viene haciéndolo con total tranquilidad en Occidente, si bien sin grandes éxitos porque todos sabemos qué representa, y conocemos a la perfección cuáles son las claves del progreso material y social de las democracias liberales.

Por eso no puede dejar de sorprendernos y de preocuparnos gravemente contemplar con estupor cómo una opción como la de Podemos, surgida al socaire de la crisis, de la que se nutre, pero que no la crea puesto que sus militantes llevan años ejerciendo la agitación y propaganda y haciendo cuanto está en sus manos para luchar contra el sistema constitucional español, aparece ahora como fuerza emergente con posibilidades, incluso (aunque creo que algo exageradas), de gobernar España. Sus mensajes, aunque se suavicen por tacticismo, no por convicción, son alarmantes; esto a muchos no les importa, parece que tan reciente epifanía hechiza. Sus proyectos suponen el desmontaje del sistema constitucional español que, mejorable, por supuesto, fue el primero surgido del acuerdo mayoritario. Pero a muchos no les preocupa la inestabilidad que pudieran generar. Claro está: la inestabilidad favorece la revolución que, en definitiva, es lo que pretenden los bolivarianos españoles. Ni se inmutan tantos posibles votantes a

pesar de que los líderes de la nueva formación política expelen mensajes a veces coincidentes muchos con los que pudiera difundir el fascismo español; los digieren sin escrúpulos de ningún tipo. A ver: si el residual falangismo español fuera quien catalizara los descontentos, ¿qué diríamos? Y que conste que esto sería algo perfectamente factible (en el campo de la teoría, claro): los de Podemos detestan la democracia liberal, los de falangistas también. Los de Podemos hablan de la nacionalización del crédito, nada nuevo bajo el sol, ya lo proclamaba Primo de Rivera que se concedía un plazo de quince días para hacerlo. Los de Podemos hablan del control de la prensa por el Estado, los falangistas, el Movimiento, tenían su propia prensa. Los de Podemos hablan de expropiar las segundas viviendas, para los falangistas la propiedad estaba subordinada al interés social. Hay muchas coincidencias que, en definitiva, nos permiten percibir a ambas opciones como totalitarias.

Y, por supuesto, en el fondo de todo está la subordinación de la libertad. Esta no es imprescindible para Podemos, cuyos ascendientes ideológicos y padrinos políticos no les permiten creer en su valor como supremo bien connatural a la dignidad humana. La novísima formación (de muy rancias ideas) expone sus demagogias destinadas a una multitud que se declara harta de todo, pero que no se plantea que lo que venga pueda ser peor. Funciona ahora un desdén por la libertad, a la que se deja preterida en aras de las promesas de pan. O algo así. Pescadores en el río más que



revuelto, han ilusionado no sólo a desesperados. Muchos de sus seguidores son personas con formación, que viven al modo burgués sin especiales privaciones, pero que están abonadas a la bohemia ultraquierdista. Más aún repugna el desdén de estos por la libertad, amenazada por quienes predicán una ideología deletérea. La bula de que disponen quienes tanto han criticado a los que ellos llaman casta les permite comportarse como la propia casta, sin que muchos estén dispuestos a pedirles cuentas, salvo la prensa libre, a cuyas preguntas no responden con claridad.

¿Se puede considerar congruente asesorar al régimen de Chávez? ¿Qué diríamos si dirigentes del Partido Popular hubiesen asesorado a un régimen como el del general Pinochet? Dirán que en Venezuela hay democracia: la prueba es que se vota. Falso. Durante el franquismo también se hacía, sin que ello implicase el ejercicio de la democracia. Y en las cárceles dormían opositores, como en Venezuela. Y la prensa estaba amordazada, como en Venezuela. Si un líder del Partido Popular manifestase su añoranza del general Franco, ¿qué diríamos? Pues el de Podemos puede hacerlo con el difunto presidente Chávez. No pasa nada.

Eso sí, la imagen mediática que tanto han cultivado los líderes de Podemos les pasa también factura: hay grabaciones de muchas manifestaciones que dan buena cuenta de su carácter poco democrático.

Insisto, esos pensamientos, esos actos, esas declaraciones en boca de líderes de otros partidos hubiesen sido motivo de escándalo y de la petición inmediata de dimisiones. Quizá algunos se den cuenta de qué es y qué representa el nuevo partido.

Preocupa en este sentido que el Partido Socialista no adopte una clara postura respecto de Podemos: algunas ambigüedades parecen apuntar a la posibilidad de futuros pactos con el recentísimo partido. Esto llevaría al PSOE a los límites del sistema y pondría en grave riesgo la estabilidad de nuestro país.*

5.- Conclusión

Las aventuras políticas extravagantes han terminado siempre en ruina y en baños de sangre. Daremos por descartada esta última posibilidad, porque los tiempos son otros. Pero la estabilidad social exige una democracia que, como producto cultural (Juan Manuel de Prada), sea aprehendida por una ciudadanía que debe ser muy crítica, pero que debe evitar disparar a su propio pie. La democracia no tiene culpa de la crisis económica (hay países democráticos en crisis, los totalitarios son crisis). La Constitución no es culpable de los desahucios. El sistema liberal no es responsable de la corrupción: ¿o es que en las dictaduras no hay corruptos? ¿O es que una dictadura, *per se*, no es algo corrupto? Los políticos no son los únicos responsables del desastre: les acompañamos al unísono ciu-

* Estas páginas se redactan en diciembre de 2014.



dadanos de a pie, empresarios, sindicalistas... todos cuantos no siempre nos comportamos con ejemplaridad. Es evidente que el ambiente social se infiltra en todas las capas, y los políticos no son ajenos a nuestros usos y costumbres como sociedad; eso sí, tienen obligación de dar ejemplo, pero cargar las tintas en exceso nos conduce a lo que antes apuntábamos: a renegar de la política, de los políticos, de la democracia...

Que es precisa la regeneración, la extirpación de la corrupción, la redefinición de algunos matices, es evidente. Que eso exige consensos amplios para no desvirtuar el sistema constitucional, incontestable. Pero todo esto hay que hacerlo con gente que crea en la libertad, bien que no puede quedar subordinado a ningún otro. Los pro-

blemas de España son bastante profundos como para encomendar su solución a quienes proclaman extravagancias demagógico-populistas. Hay gente en España que está estudiando mucho más seriamente posibilidades de reformas constitucionales bastante más sensatas; otros simplemente hablan de cambios en la Constitución, aunque sin concretar las modificaciones, salvo Podemos, que la declara periclitada; por eso es muy de valorar el trabajo de quienes teorizan y estudian tan complicada cuestión desde la seriedad y el respeto a los valores de libertad, igualdad y pluralismo político. Tan estimable este trabajo como el de la prensa libre que se esfuerza en desenmascarar las trampas del verbo fácil y la intención oscura.

